

que sois inmortales, porque tenéis un alma que no está sujeta á descomposicion como el cuerpo. ¿Y sabéis que os espera en aquella region? Muerte eterna: padecimientos que nunca acabarán en el infierno: ¿Y sereis tan insensatos, que á desgracia de tal tamaño os espongais tan solo por gozar cuatro dias de delicias y placeres?

Yo os conjuro, mis hermanos, á que mireis por vuestra salvacion, á que no dejeis pasar estos dias de salud, sin que volvais á Jesucristo, del que vivís apartados por el pecado. La Iglesia, madre cariñosa y solícita por nuestro bien, hace los mayores esfuerzos á fin de conseguir vuestra salvacion. ¿Sabéis si volveréis á escuchar la divina palabra? ¿Sabéis si cuando llegue la Cuaresma próxima habreis sido borrados del número de los vivientes? Procurad, pues, y procuremos todos aprovechar este tiempo que benignamente nos concede el Señor, y que ya hemos visto y considerado la gravedad del pecado mortal, así como sus terribles penas, hagamos firme propósito de no caer en adelante y de reconciliarnos con nuestro amabilísimo Redentor, lavándonos de nuestras pasadas infidelidades en el santo tribunal de la penitencia, y en señal de que así lo haremos, de que nuestro arrepentimiento es sincero y verdadero, postrémonos humildes y contritos á los piés de nuestro Salvador amorosísimo, y digámosle de lo íntimo de nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo, etc.*

SOBRE

SERMON

EL PELIGRO DE DILATAR LA CONVERSION.

Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subito enim veniet ira illius, et in tempore vindictae disperdet te.

No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de dia en dia: porque su ira vendrá de improviso y en el tiempo de la venganza te perderá.

Eccli. cap. V, v. 8 y 9.

Si abrimos, M. A. O., las páginas de la Escritura Santa y las leemos con detenimiento, veremos que en todos los siglos ha sido muy corto el número de los justos, comparado con el de los pecadores, y esta es la razon por la cual el Evangelista San Mateo nos dice que son muchos los llamados y pocos los escogidos: *Multi sunt vocati, pauci vero electi*. En efecto; fijad vuestra atencion en los dias del universal diluvio y vereis que cuando aquel terrible castigo hizo perecer á toda carne, solo Noé y los de su familia fueron hallados justos: mas adelante cuando el fuego del cielo redujo á cenizas las cinco ciudades de Pentápolis, no habia en ellas mas de cuatro justos, que

retiraron los ángeles para que no pudiesen con los pecadores. Cuando el pueblo escogido salió del cautiverio del Egipto, se componía de seiscientos mil combatientes, sin contar las mujeres y niños, y solo Josué y Caleb entraron en la tierra prometida. En la populosa ciudad de Babilonia solo tres jóvenes no se postraron ante la estatua de Nabuco.

El mismo Jesucristo lo advirtió repetidas veces á sus discípulos, diciéndoles que era corto el número de los escogidos. Ahora bien, mis amadísimos hermanos: nosotros hemos sido llamados á la tierra prometida, es decir, á la Gloria: pero ¿seremos del número de los que la han de conseguir? Basta que pongamos la mano sobre nuestro corazón y nos preguntemos á nosotros mismos, á nuestras obras: ¿Hemos cumplido hasta el presente nuestros deberes para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros semejantes? ¿Hemos tratado de dirigirnos hácia el fin para el que hemos sido criados? ¡Ah! Que nuestra conciencia con sus remordimientos nos acusa y pone delante de nuestros ojos, nuestras pasadas y aun presentes infidelidades. Todo nos hace comprender, que si la muerte nos arrebatara de improviso, estamos espuestos á perdernos para siempre.

Ved aquí por qué la Iglesia nos amonesta de continuo y muy principalmente en los días de la Santa Cuaresma, á fin de que entrando dentro de nosotros mismos reconozcamos nuestro error y obremos nuestra conversión. Sin embargo, vámoslo dilatando de día en día como si tuviésemos seguridad de llegar á la ancianidad, y siempre formando buenos propósitos sin llegar á realizarlos, nos esponemos á que venga el Señor de improviso sobre nosotros y nos pierda en el

tiempo de la venganza: así nos lo advierte en el sagrado libro del Eclesiástico: *Non tardes converti ad Dominum, ne differas de die in diem: subito enim veniet ira illius, et in tempore vindictæ disperdet te.*

A cada uno de los que me escucháis se dirigen estas palabras del Señor, que envuelven una terrible amenaza. Yo sé que es infinita la misericordia del Señor y á ella se debe el que aun estemos en tiempo de convertirnos: pero ¿sabemos hasta cuando se dignará esperarnos? ¿Sabemos si estará cercano el momento en que tendremos que residir ante el tribunal de Dios? ¡Ah! Que puede ser antes que llegue el día de mañana. Es, pues, necesario que nos demos prisa á salir del infeliz estado de la culpa: es necesario volver los ojos á Dios y dirigir los pasos por las sendas de la rectitud. Para que así lo hagáis voy á demostraros el gran peligro á que se esponen los que dilatan la conversión. Tal es mi objeto: para que todo ceda en honra y gloria de Dios y en nuestra propia utilidad, imploremos los auxilios de la divina gracia. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

Si hoy oyéreis la voz de Dios, no queráis endurecer vuestros corazones (1). Así se espresa, M. A. O., el coronado Profeta, y así deberíamos hacerlo si estimáramos cual debemos nuestra felicidad eterna. Dios cuyas misericordias no tienen número, y que desea no la muerte del pecador sino que se convierta y que viva, nos visita de continuo con santas inspiraciones á

(1) *Hodie si vocem ejum audieritis, nolite obdurare corda vestra Ps. XCIV, v. 8.*

fin de que reconociendo nuestros deberes volvamos al camino de la rectitud, si por desdicha de él nos hemos separado. Las desgracias que á cada paso experimentamos, las calamidades que nos afligen, las enfermedades que tanto nos hacen padecer ¿qué otra cosa son sino efectos de la misericordia del Señor, que por estos medios quiere convertirnos? Sin embargo, nuestra obcecacion nos hace mirar como males los que son verdaderos bienes.

No hay duda que Dios nos ama extraordinariamente, y efecto de este amor, fué el enviar á su Unigénito Hijo para que vertiendo su preciosa sangre, borrara con ella la escritura de nuestra maldicion. Este mismo amor que nos profesa, es el que le hace castigarnos á fin de que conociendo por estos castigos nuestro mal modo de obrar, lloremos nuestros extravíos y nos convirtamos á él. Asi nos dice el Sagrado Testamento que Dios castiga al que ama y azota al que recibe por hijo (1).

Otro de los medios de que se sirve para obrar nuestra conversion, son los remordimientos de conciencia. Cometemos una accion reprehensible, un pecado, y la conciencia, ese juez que es nuestro compañero inseparable pone delante de nuestros ojos toda la gravedad de la maldad cometida: ¿Qué significa ese remordimiento de conciencia que experimentais, ese deseo de obrar en adelante con rectitud que os acomete cuando contemplais un cadáver y mucho mas si es el de una persona que ha muerto repentinamente? No otra cosa que inspiraciones de Dios por medio de la conciencia. Vosotros esclamais en aquellos momentos:

(1) Quem enim diligit Dominus, castigat: flagellat autem omnem filium, quem recipit. Ad Heb. cap. XII, v. 6.

« ¡Qué breve es la vida, no somos nada! » y suspirais y recordais vuestros vicios, y la pasion que os domina. Pero vuestro corazon está unido al mundo, y quereis como persuadiros que vuestros goces no han de concluir y por esto apartais vuestra imaginacion del objeto que os altera vuestra conciencia. Dentro de un cementerio os hallais conmovidos y pensais en la muerte y en el juicio, pero salís de aquella lúgubre mansion y al poco tiempo os disipais y continuais dando rienda suelta á vuestras pasiones. Ved aquí una lucha terrible: la gracia trabajando por convertir al hombre, y el hombre haciendo resistencia á la gracia. ¡Cuán misericordioso es Dios para con sus criaturas! ¿Y sabreis decirme, mis hermanos, en que consiste esa resistencia que continuamente se hace á la gracia? Es que el hombre deja siempre para mas adelante su conversion, y de dia en dia espera sin encontrar uno apropiado, hasta que llega el de la muerte, y se encuentra vacío de buenas obras.

Hay tambien muchos cristianos que deseando conseguir la salvacion, y no queriendo por otra parte abandonar los objetos que le halagan, quieren neciamente dividir el corazon entre Dios y el mundo, anando al mismo tiempo el bien y el mal, como si fuera posible unir dos extremos tan distantes como la luz y las tinieblas. A vosotros los que asistiendo diariamente al templo del Señor, dedicais el resto del dia á dar culto á vuestras pasiones os recordaré las palabras del mismo Jesucristo que os condenan: «Ninguno puede servir á dos señores: porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará: *Nemo potest duobus dominis servire, aut unum odio habebit, et alterum diliget: aut unum sustinebit et al-*

terum contemnet. ¿Y no es cierto que hay muchos cristianos que doblando una rodilla ante Dios doblan la otra ante el demonio? ¿Y cuál es la causa de esta extraña conducta? No otra sino el que creen en las penas eternas: no se atreven á volver las espaldas á Dios, porque temen su perdicion: y no se atreven á dar de mano á los placeres, porque á ellos les arrastran las veleidades del corazon: quieren buscar un medio y caen en un error lamentable: se proponen servir á un mismo tiempo á Dios y al mundo, servir al mismo tiempo á dos señores. Ved aqui lo que hace aquel hombre que al mismo tiempo que no deja pasar un solo dia sin asistir al santo sacrificio de la Misa y demas ejercicios piadosos que en la Iglesia se practican, está dominado por la ambicion y no escrupuliza en formar un caudal con la sangre del huérfano y comer un pan amasado con las lágrimas de la desgracia. Ved aqui tambien la conducta de aquella mujer que aparentando piedad, y no soltando el rosario de la mano, sostiene al mismo tiempo amistades ilícitas, ó bien emplea su lengua en echar por tierra la honra de sus prójimos. Estos y otros semejantes son, no verdaderos cristianos, sino verdaderos hipócritas, que honrando á Dios con los labios tienen el corazon entregado al demonio. ¿Podeis creer por ventura, que Dios exija de sus criaturas tan solamente una parte del corazon? ¿Juzgais tal vez que pueda satisfacerse con un amor secundario? De ningun modo y bien lo habeis visto demostrado en las palabras del mismo Jesucristo que hace pocos momentos acabamos de citar: «Ninguno puede servir á dos señores: porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará.» Cuando somos admitidos en el

gremio de la Iglesia; cuando somos inscritos en el número de los hijos de Jesucristo, se nos advierte que hemos de amar á Dios no superficialmente, sino con todo el corazon, con toda el alma y con todas las fuerzas: á este precio se nos ofrece la felicidad del cielo.

Pues bien, señores: si alguno hay entre vosotros envuelto en tan lamentable error, yo le preguntaré: ¿deseas convertirte á tu Dios? Cierto estoy que no tardará en contestarme que este es su deseo. ¿Y por qué no lo ha realizado ya? ¿Por qué no lo realiza al presente? ¡Ah! Parece que fuertes cadenas le aprisionan en el mundo, en el amor profano, y que no puede desenvolverse del velo de la sensualidad en que se halla envuelto y como aprisionado. Sin embargo, cada dia hace un nuevo propósito de conversion, propósito cuya realizacion nunca efectua.

No seré yo, M. A. O., el que ponga limites á la misericordia divina, de la que como dice el real Profeta, está llena la tierra (1). Sé muy bien que en cualquier dia que el pecador se convierta de corazon, alcanzará misericordia, y la historia del Hijo pródigo, consignada en las páginas del Evangelio, es una demostracion del júbilo que hay en el cielo por la conversion de un pecador. ¿Qué otra cosa que un efecto de su misericordia es el haberos Dios esperado por tanto tiempo, en tanto que habeis permanecido sordos á sus llamamientos? ¿Pero sabeis si os esperará por mas tiempo? Si bien es la suma bondad, ¿no podrá llegar el dia en que cansado, digámoslo así, de vuestra resistencia á su gracia, corte el hilo de vues-

(1) Psalm. XXXII, v. 5.